
Cuando Apolo sopló en el oído de Wenceslao

When Apollo Blew in Wenceslao's Ear

JOSÉ JUAN PICOS FREIRE

DOCTOR EN PERIODISMO Y
NOVELISTA

Recibido: 08/09/2020

Aceptado: 29/09/2020

Resumen

La comparación entre *El bosque animado* y el estudio de la genealogía, amores y descendencia de Apolo; de sus epítetos y atributos; de su carácter y competencias; de sus actuaciones míticas; de sus formas de culto, y de su pervivencia en las artes hace sospechar al autor que el dios rubio no se retiraba periódicamente a la Hiperbórea situada más allá de Tracia. Helio, cansado de surcar el orbe, quemado de tan hercúlea tarea, recibía néctar y ambrosía galaicos en la fraga de Cecebre.

Wenceslao Fernández Flórez lo sabía, pues, seguramente, Apolo se lo inspiró. Y no como a Casandra, escupiéndole en la boca, sino susurrárselo en un viento del sur. Atento en esa ocasión (y no en otras, como ya veremos) a que Febo no le destinara la misma suerte que a Marsias, don Wenceslao, asumida su complicidad divina, impidió que viésemos el bosque mitológico poniéndonos delante árboles *enxebres*.

A riesgo de que, como a la pitia troyana, nadie nos crea, aquí desvelamos de qué modo los mitos animan el hervidero de vida y muerte de Cecebre.

Palabras clave: Apolo, bosque animado, mitología, Cecebre, Hiperbórea.

Abstract

The comparison between *The Enchanted Forest* and the study of the genealogy, loves and offspring of Apollo, of his epithets and attributes, of his profile and competences,

El nombre del ballenero, *Bóreas*, se encendió en la página como un led navideño en la Lutecia galaica, antes Vigo. Luego se iluminaron los cuervos, las brujas, los sátiros, los titanes, los amores trágicos, la Fatalidad... E, intermitentes, como si guiñaran, se insinuaron las Erinias, las bacantes, Sísifo, Io, Troilo... Y el bosque animado apareció como lo que es: el laberinto creado por un Dédalo atildado, sibarita de bigote fino, nariz aguilena y el esplín de un dandi.

Como hilo de plata, la frágil ayuda de palabras tan oídas que pasan sin que nos demos cuenta, igual que los años después de cumplir los treinta. Puede que don Wenceslao pretendiera disimular con algún que otro árbol *enxebre* todo un bosque de mitología griega en la fraga animada, pero a un rastreador atento no se le escapará el rastro de Hesíodo y Homero, de Esquilo y Eurípides. Y en el centro del laberinto, nada de minotauros. Sentado sobre los restos de un artificioso ídolo celta, pulsando la lira y sonriendo, nos aguarda, envuelto en aroma de laurel, el dios que todo lo ve.

Aún defienden los mitógrafos que Apolo subía a Hiperbórea cada diecinueve años, quemado de ejercer de Helio, al que se tragó igual que su abuelo paterno se comió a sus tíos. En la umbría de la ecúmene aliviaba los sofocos y se trataba las manchas solares con néctar y ambrosía. Allá arriba, en tan divino spa, vivían los hiperbóreos una Edad de Oro nunca perdida, sin la vejez ni las fatigas de las que Hesíodo, el genealogista de los dioses, se lamentaba: «no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación [...] pues ahora existe una estirpe de hierro» (Hesíodo, 2015, 73).

Los hiperbóreos pertenecían a los confines de la civilización, a un *Finis Terrae* helénico. Los griegos los asimilaban a los celtas. Sus tierras eran fértiles y su clima, benigno, y no como el de Grecia, un

of his mythical performances, of his worship, and his survival in the arts, makes the autor suspect that the blond god did not periodically retreat to the Hyperbarea located beyond Thrace. Helium, tired of sailing the skies, burned with such a herculean task, received galician néctar and ragweed in the jarn of Cecebre. Wenceslao Fernández Flórez knew it, because, surely, Apollo inspired him. And no, like Cassandra, spitting in her mouth, but whispering it in a southerly wind. Watch out on that occasion (and not others, as we'll see) that Phoebus doesn't gave him same destiny as Marsias, don Wenceslao, assuming his divine complicity, avoided us seeing the mythological forest putting in front of indigenous trees.

At the risk that, like the Trojan Pitia, no one believes us, here we reveal how myths animate Cecebre's boiling life and death.

Keywords: Apollo, enchanted forest, mythology, Phoebus, Hyperbarea

secarral montañoso plagado de minifundios llamados polis cuyas estrecheces obligaban a su gente a echarse a la mar. El nombre de aquella tierra dorada de mieses y plateada de sonrisas, Hiperbórea, indicaba que los montes Ripeos la protegían de Bóreas, entendido como Viento del Norte y no como el ballenero donde perdió la pierna el desdichado Geraldo. Bautizar un barco con semejante nombre, el de un dios caprichoso, insensato y cruel (como si los otros fuesen voluntarios de ONG), era una invocación a la desgracia. Los atenienses dieron fe de ello por boca de Heródoto: cuando los amenazó Jerjes, sacrificaron los rebaños que no tenían para que Bóreas les fuese propicio. Agradecido por los vahos de la hecatombe, el viento del Norte mandó a pique cuatrocientas naves de los bárbaros de Asia.

Y aquí entendemos lo que Febo, sibilino como su Pitia, canta en el centro del laberinto: mientras los aedos y mitógrafos señalaban con una mano más allá del Bóreas, con la otra sisaban a la vista de los curiosos el verdadero balneario apolíneo. Y la sospecha se sustenta en la calificación que Esquilo les regala a los hiperbóreos: «pueblo de larga suerte». Si los dioses olímpicos consintieron que Gea se poblara de mortales fue con la inmisericorde intención de poseer un juguete con el que matar sus eternos ratos muertos. Es decir, nacimos y nacemos para su entretenimiento. ¿Cómo se iba a distraer Apolo con un pueblo feliz? No, Apolo no subía a Hiperbórea, sino a una tierra que, de haber disfrutado alguna vez una época dorada, ya la había olvidado. Febo venía a la fraga de Cecebre, donde los pobres vivían como perros y los perros como pobres. Apolo venía a entretenerse con las desdichas de un puñado de gallegos que se asustaban de la Santa Compañía porque no tenían espejos en casa.

1. Cecebre era Hiperbórea: las pruebas

El caso es que aquella ocultación de Apolo, aquel trile de dónde está la bolita hiperbórea, pervive hoy en la continua queja del astuto paisanaje galaico sobre lo mucho que llueve en su esquina... ¡Menudo antídoto contra el empacho de turistas! En realidad, una instilación del ponzoñoso Febo, padre de todas las plagas, en el alma gallega. Así puede venir a su antojo *ao verdadeiro alén* de Bóreas, un discreto rincón geográfico donde reponerse de sus insolaciones y también de sus despechos, insufribles para

un dios narcisista. El diagnóstico es tardío, pues, como poco, Febo es micénico y a Narciso se lo sacó de la toga Ovidio cuando el Imperio aún era tierno.

Por si hiciera falta algún argumento aparte del que señala a los gallegos como juguetes de los dioses, tan novedosa teoría y tan antiguos hechos –Cecebre y no Hiperbórea– se cimentan en que los griegos la tuvieran por tierra de celtas; habrá de valernos que así lo decidieran de Galicia los nacionalismos románticos del XIX y que lo asumiera don Wenceslao: “esta vieja raza celta, inmemorialmente espiritualista” (Fernández Flórez, 2010,184). Pero también en que los montes Ripeos sean, en realidad, un trampantojo de la sierra de Ancares, barrera contra los vientos africanos de Castilla; y en que hablemos de tierras fértiles, aunque, aquí, el argumentario nos remita de nuevo a la fatalidad galaica. Como la península griega, Cecebre y el país de alrededor estaban –y están– plagados de minifundios que, más que alimento, daban –y dan– emigrantes y familias desbaratadas tras la lectura de los testamentos (y no hablamos de la liturgia de la palabra). De eso, justamente, se lamenta el alma en pena de Fiz de Cotobelo: de no haber ido en vida a América tras los pasos de su abuelo, un indiano que tomaba las aguas en Guitiriz: “Cuando murió, se repartió su hacienda entre sus tres hijos, y, entonces, tuvieron estos que aumentar su trabajo y reducir su comida”. Pero sus nietos aún lo tuvieron peor: “las tierras se atomizaron hasta lo increíble. Era el mal de Galicia” (Fernández Flórez, 2010, 71). Uno de los epítetos de Apolo fue *Clario*, el asignador de tierras. Así lo invocaban los colonos griegos que, como los emigrantes gallegos, no poseían en su pedregal patrio un *currunchu* de tierra fértil. Tal fue la magnitud de la colonización helena del Mediterráneo a partir del siglo VIII a. C. que Platón lo dibujó como una charca pespunteada con ranas griegas. A otra escala, «hay un gallego en la Luna».

Establecida la tesis de que Cecebre es la Hiperbórea de Febo, hay quien afirma que el dios rubio no subía cada diecinueve años más allá de los Ripeos –recordemos, los Ancares–, sino todos los inviernos. Esa era la estación en la que Dioniso, su alocado envés, se hacía con la gerencia del complejo sacro-agorero de Delfos. El pálido Helio invernal aparecía en Cambre cuando en la fraga soplaba Noto, tal y como certifica don Wenceslao: “Baja el invierno [...] Primero saca los vientos del sur”. El

cronista de Cecebre los llama “cazadores de nubes”; asegura que “conocen sus guaridas y las obligan a salir, asustadas, y a huir” y que corren “delante y detrás de ellas, con el ardimiento y el júbilo de una abundante cacería” (Fernández Flórez, 2010, 189-190). Si le hacemos caso, y se lo vamos a hacer, Apolo tendría que sentirse como en casa: ¿quién es la diosa que, jubilosa y ardiente, caza con sus ninfas y jaurías incansables? Ártemis, la divina partera que, recién nacida, ayudó a su madre a parir a su rubio y espléndido gemelo.

Que Febo pasase el invierno en Cecebre y regresara a Delfos cada primavera se explicaría por otro viento, el del Oeste, que asomaba con los primeros brotes. Igual que las sirenas, Céfiro se benefició de un lavado de reputación. Aquellas no nacieron con una mitad hermosa y otra escamosa, sino como rapaces con rostro de mujer, otra forma de arpía. Y Céfiro no era una suave brisa primaveral, al menos en tiempos de Homero, que lo tenía por agitador de los temporales. Tampoco Shelley, que lo llama “salvaje viento del oeste”.

2. Juguetes de los dioses

Como Apolo, Céfiro amó por igual a hombres, a mujeres y a lo que se le viniera a las uñas. En una versión muy personal de aquello de *a pelo y a pluma*, engendró a los caballos inmortales de Aquiles con una arpía. El caso es que Céfiro y Apolo rivalizaron por el amor de un efebo, Hiacinto. Encantado de que Febo bebiera los vientos por él (menos el del oeste), el doncel se dejó querer. Hasta que, un buen día, la parejita decidió entretenerse en la palestra lanzándose un disco; uno de bronce, no un *frisbee* de campus californiano. Y disco va y disco viene; y besito va y besito viene; y “mira que te quiero” y “no, yo te quiero más, tonto”, y venga a pelar la pava y a echar pan a los patos... Y los tórtolos no vieron que Céfiro andaba al acecho; y el viento despechado y transido de celos sopló; y el bronce se desvió y alcanzó a Hiacinto en una sien. Y es que hay amores que matan. Febo, que también se tragó al médico del Olimpo, Peán, no pudo reanimar a su tierno amante, cuya alma volaba camino del Hades igual que la de Geraldo, cogida de la mano de Hermes. Así que Apolo empapó su túnica con la sangre del impúber y creó una flor azul en cuyos pétalos se grabó su pena: *AI*. Así le regaló una pizca de inmor-

talidad, pues Hiacinto renace cada primavera. Pero lo que nosotros llamamos jacinto no es aquella flor luctuosa; lo que nació del desgarrar divino es, en realidad, el lirio martagón, también apellidado *llorón*.

Por muy crueles que sean, que lo son, los inmortales se conmueven cuando se les rompe un juguete. Y se les escapa una pizca de generosidad, como si se travistieran en prometeos. Otra versión de ese cuento apolíneo tiene como protagonistas a Hermes y al efebo Croco. En este caso, la resentida Hera desvía el disco para vengarse por la muerte de Argos Panoptes, suceso que repasaremos cuando sepamos por qué Zeus amparó a Fendetestas de la ira de su rubio bastardo. El caso es que Croco, descalabrado, murió sin que Hermes pudiera resucitarlo. ¿Y que nació de aquello? La flor del azafrán, bautizada *Crocus Sativus* por Linneo. También a Dioniso se le murió un erómeno: lo corneó un toro lunar. Con su sangre y una pizca de ambrosía, Baco creó la primera vid y renombró a su amante, anónimo para nosotros hasta ese momento: Ámpelo, «cepa» en griego.

A estas fábulas mitológicas se agarran los hermeneutas heréticos que aún defienden que Apolo no venía a la Hiperbórea gallega, sino a la de Thule. Argumentan que, de haber estado Apolo en la fraga, Pilara habría muerto igual, pero de su pobre cuerpo lacerado habría nacido, a cambio, un grelo que, abonado con mondas de *pataca* y marrón glacé, sabría, de raíz, a lacón de *porco celta*. Mal conocen a Febo si creen que el dios rubio de la belleza masculina se habría fijado en una mocita encaldecida que “era muy morena y esto hacía que la juzgasen fea, porque en el campo gallego rara vez se reconoce belleza en lo bruno” (Fernández Flórez, 2010, 141). Y lo conocen aún peor si no saben que uno de los epítetos de Apolo es “dios de las muertes súbitas”, tal y como afirma Sócrates en el *Crátilo* y confirma el señor D’Abondo al saber de la muerte de la niña: “¿Por qué olvidamos que la muerte puede venir así?” (Fernández Flórez, 2010, 209).

La pobre Pilara, juguete roto, reúne varios personajes del inacabable catálogo de la mitología griega. Un amanecer tras otro, como Sísifo con su roca, la rapaza cargaba la lechera de hojalata en la cabeza. O soportaba una montaña de hierba sobre los hombros bajo el que parecía, como Atlas, cargar con el orbe: “más desproporcionada a la carga que un atlante a la suya” (Fernández Flórez, 2010, 183).

Si Pilara hubiera conocido los trabajos de Hércules y su astucia, le habría pedido a la tacaña y mezquina Arruallo que sostuviera su condena mientras se rehacía el rodete, así como Heracles engañó al pedestal del Universo. Mutada en Prometeo, la mocita iluminaba las tinieblas de la fraga con un “hacecillo de pajas encendido” (Fernández Flórez, 2010, 133), apartando el miedo para llevar alimento a los mortales.

En el colmo de las metamorfosis, Pilara se puso hecha una Furia cuando Fendetestas, que había encontrado el duro que ella perdió, le miente: “¿Cómo quieres que te diga que no sé de él? Si lo perdiste, por ahí estará. Búscalo”. Las Erinias, encarnadas en la lecherita, se querían comer a Xan de Malvís con más ansia aún que al asesino de Clitemnestra. Bien que lo anunció Homero en la *Iliada* cuando Agamenón invoca a las Euménides: “En lo profundo castigáis a los muertos que fueron perjuros” (Homero, 2004, 153). Pues así pinta don Wenceslao a la Furia de Cecebre: “Pilara prorrumpió en gritos, sin dejar de llorar ni de pedir su dinero. Fendetestas apresuró el paso y aquella estela de ayes y reclamaciones le seguía incansablemente [...] La sentía pegada a sí como una llama en sus ropas” (Fernández Flórez, 2010, 142-143). Lástima que Esquilo se adelantase con la *Orestíada* y sus Erinias insaciables. aulladoras y lúgubres, un rebaño al que nadie podía espantar. De no haber gozado el griego de la primicia, hoy disfrutaríamos de la *Fendestíada* gracias a Pilara. Y otro tanto diríamos de *Las Bacantes* de Eurípides, pues “las greñas oscuras pendían alrededor” de la cara de la mocita gallega (Fernández Flórez, 2010, 141). Y hubiera desmembrado y devorado crudo al bandido como una ménade ahíta de hiedra y cornezuelo si él no hubiera tirado el duro al suelo: “El bosque entero pareció aliviado de una emoción angustiosa, porque al cesar los ayes de Pilara se percibió un silencio más hondo que el habitual” (Fernández Flórez, 2010, 143).

Una paz y un silencio que raramente disfrutaban Fauna y Flora en la fraga. Al fin y al cabo, era un bosque animado. Pero don Wenceslao habla de tribulaciones más allá de la frenética actividad en las copas, entre las silvas y bajo el manto de hojarasca. Así describe las desventuras de los animales de Cecebre: “El hombre es el hacha para el árbol, la segur para el tojal, la escopeta o la trampa para

el ave, para el conejo, para el zorro [...] es el todopoderoso enemigo de todos los días, del que nada obtuvo piedad” (Fernández Flórez, 2010, 80). Anda muy cerca de lo que pensaba Hesíodo de su época férrea: “La justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor”, sentencia el genealogista de los dioses en *Trabajos y días* (Hesíodo, 2015, 73).

Injusticia, inclemencia, crueldad, los aguijones de Fuco, el hijo de Marica da Fame, que, como un Heracles desatado, masacra y destruye: “Azote de todo lo viviente con tal de que sea más débil que él [...] enemigo irreflexivo, automático de cuanto se mueve cerca de sus manos o de sus pies”. Si Hércules estranguló al león de Nemea, cauterizó los cuellos de la hidra, agotó y maneó a la cierva de Cerinea y acribilló a las aves estínfalas entre otros delitos ecológicos, Fuco no aparta las ramas, las hace astillas; hurga y orina en los hormigueros; apedrea a los gorriones, destruye sus nidos; sella con una piedra las madrigueras y las convierte en sepulcro, y arranca las flores: “Siente el placer humano de aniquilar”, el mismo que embargó a Hércules cuando mató con una lira a Lino, su maestro de música, o cuando asesinó a su primera esposa, Mégara, y a sus hijos. De haberlo conocido, Marcial le habría dedicado al gañán de Cecebre este epigrama: “Al lagarto que reptaba hacia ti, niño pérfido, perdónalo: él está deseando morir entre tus dedos” (Marcial, 2003, 630).

3. El verdadero color del cuervo

Cada vez que se cumplían casi cuatro lustros desde su anterior visita –o cuando soplaban Noto al principio del invierno–, los primeros que anunciaban el gozoso regreso del dios de los boyeros y las pitonisas, el imbatible tañedor de la lira y el arco, eran los cuervos. Rompían a graznar sin ton ni son (como si el resto del tiempo entonarían pitagorismos) y cualquiera diría al ver sus aleteos desafortunados que al cielo no le quedaban más auroras homéricas *de azafranados dedos*.

Nadie quita que fuese por alegre devoción y lealtad dichosa; al fin y al cabo, esos pajarracos de mal agüero formaban parte de los atributos apolíneos, igual que los cisnes, los lobos y los delfines. Pero era grande la cantidad de esperanza que depositaban en cada nueva visita del dios rubio. Con cada viento del sur, anhelaban que el dorado

Febo les devolviera, por fin, su primer color, pues los cuervos no fueron siempre cenizos. De ahí que enloquecieran como estorninos cuando la intuición del laurel se sobreponía a los bálsamos tibios y a los *cheiros* dulzones de la fraga. Eso sí, bien que se cuidaban de saludarlo con lo que habría sido una blasfemia: “¡Qué el hombre te ignore!”. Después de que muriera el augusto Juliano, al que los nazarenos triunfantes tacharon de *apóstata*, ¿no fue el olvido de los hombres el deicidio de los inmortales? Por menos de eso, de desearle a un olímpico la indiferencia de sus juguetes mortales, acabaron Sísifo, Tántalo y las Danaides en el Tártaro.

Don Wenceslao, tan dionisiaco con las criaturas de las *corredoiras* como cínico con las que pisan las aceras, se mostró compasivo con los cuervos, a los que pintó en origen como criaturas vistosas: “Dicen que en algún tiempo tuvieron sus plumas brillantes colores y que las fueron abandonando al descubrir lo efímero de las vanidades y la puntería de las armas de caza” (Fernández Flórez, 2010, 217). En parte, coincide con el Ovidio de las *Metamorfosis*: “En efecto, había sido en tiempos un pájaro de reflejos plateados y alas blancas como la nieve” (Ovidio, 2011, 117). Pero remata el gallego que el cuervo es filósofo e historiador y que, como todos los sabios, siente inclinación “hacia los trajes negros”. Bien distinta es la verdad que desveló el romano; un cuervo, ya sea de un bosque del Lacio o de una fraga del Finisterre, se viste de luto por chivato: “Fue la lengua lo que lo perdió: la lengua charlatana”, afirma el poeta exiliado que, como el ballenero de la pata de palo, murió solo y melancólico y, para más inri, junto a un mar de color córvido.

De que los cuervos de Cecebre estaban al tanto de todo lo que se cocía en su fraga da cuenta la conversación entre el zorro y el desconsolado topo que buscaba a su esposa sin saber que ya era viudo: “Pregúntale al cuervo –le aconsejó entonces el raposo–. El cuervo se entera de todos los sucesos importantes y de todos los menudos sucesos de la parroquia y de más allá de la parroquia” (Fernández Flórez, 2010, 85). Los cuervos de Apolo no fueron la excepción en cuanto al manejo de datos. Cada mañana, Odín soltaba a sus dos *vuelaveidile*, Hugin (“Pensamiento”) y Munin (“Memoria”), para que lo enteraran de las novedades del mundo. Entre Asgard y el Olimpo, no hubo cuervo que no fuese una portera.

Sepamos de qué estaba hecho el chapapote que embadurnó al luminoso cuervo apolíneo. Tan hermosa como Hermelinda de Cambre, tierra célebre por sus bueyes talladores de rodadas, era Coronis de Tesalia, región famosa por sus caballos, que levantaron polvaredas ante los muros de Troya y merecieron loas de Homero. Apolo la desfloró. A Coronis. A Hermelinda le puso un piso un señorito de Coruña. Febo engendró en la doncella tesalia al futuro dios de la medicina, Asclepio y, en vez de apartamento, le puso un cuervo blanco. La misión del pájaro albino era vigilarla tal y como Argos le echó cien ojos a la vaca Io por orden de Hera, celosa con razón y vengativa con ganas. Como dios de las artes adivinatorias, Apolo Delfico tenía que saber que aparecería en escena el príncipe Isquis para seducir a la madre de su hijo. Pero, dada nuestra mortal maldición de juguetes divinos, les dejó hacer y luego se hizo la *drama queen*.

El cuervo partió raudó para delatar a los adúlteros ante su patrón. Y en eso estaba cuando una corneja se le cruzó con la mejor intención: “El camino que llevas no te traerá ningún bien”. Si lo sabría ella, que, por soplona, fue sustituida en el hombro de Atenea por un mochuelo. “Yo me río de tus estúpidos presagios”, le espetó el cuervo vanidoso al que don Wenceslao regaló la consideración de sabio. Y sigue Ovidio: “Cuando el dios se enteró del engaño de su amante, se le cayó la corona de laurel” (Ovidio, 2011, 117-119). Lógico, por saturación: o la guirnalda o los cachos. El flechador Apolo, embargado por una furia más propia de su hermanastro Ares, asesinó a los amantes y salvó al feto, pero, arrepentido, cargó contra el mensajero. Y el cuervo, cuyo plumaje era hasta entonces de la familia cromática de las níveas palomas de Venus y de las candidas ocas del Capitolio, quedó para los restos «del color opuesto al blanco» por ser portador de infaustas nuevas.

¡Pues le dijo la sartén al cazo! ¿O no fue Helio, el ojo que todo lo ve, quien delató a los amantes furtivos que le dificultaban a Hefesto pasar bajo el dintel de la herrería? Así lo pinta Antonio Palomino en su tratado *El museo pictórico y escala óptica*, compendio de la pintura barroca hispana, al describir *La fragua de Vulcano*, obra de otro inmortal, Velázquez: “Cuando Apolo le notició su desgracia en el adulterio de Venus con Marte [...] Vulcano, asistido de aquellos jayanes cíclopes en su fragua,

tan descolorido, y turbado, parece que no respira” (Palomino, 1988, 223). Menudo sofoco después de enterarse de que su dolor de cabeza no era por el eterno martinete. Así que la culpa de que Hefesto forjase una red de oro para atrapar a los amantes la tuvo Apolo.

4. El descanso de Geraldo

No fue Coronis el único despecho del más guapo de los dioses. Dafne prefirió convertirse en ingrediente de los escabeches antes que rendirse a él; por no hablar de Marpesa, que le dio calabazas y se casó con un mortal para que el dios no la abandonara con la primera pata de gallo; o de Castalia, que huyó del dios metamorfoseada en fuente y, tiempo después, en editorial de lecturas clásicas.

Por eso, tras saludar a sus cuervos, lo primero que hacía Apolo al llegar a Cecebre era interesarse por el paradero de Geraldo. Helio no soportaba el reflejo de sus propios fracasos en el espejo desazogado del infeliz pretendiente. Hasta que dio con la solución gracias a la complicidad de otro de sus hermanastros, Hermes, patrón de ladrones, mercaderes y periodistas. Pero, sobre todo, maestro del disfraz y psicopompo.

Nunca se supo si fue la mano de Mercurio la que desmoronó el pozo de Noguerol; pero topos, tejones y ratones lo vieron travestirse en el anciano “cenceño sin demasía, erguido, ni alto ni bajo, envuelto en una hopalanda negra”, albino de cabellera y barbas, que le ofreció a Geraldo un banquete de patrón con café, copa y puro; que le ayudó a expresarse con más elocuencia que el mismísimo Odiseo; que le provocó anhelos de mar como si hubiera nacido del semen de Urano vertido en las olas, y que, por encima de todos los placeres, lo reunió con su Néfele, una Hermelinda leve, limpia y amable como su tía Hestia, con la que Hermes compartía ambrosía y chismes en las tardes carmesíes del Olimpo (Fernández Flórez, 2010, 233). Y así fue el dios conductor de almas guiando la del pobre zahorí hasta que las tinieblas hicieron inútiles sus párpados y el frío lo amortajó. Su reposo eterno trajo el alivio de Apolo, así como descansó el pellejo de Gea de otro ser humano de los que, abatidos de por vida, arrastran sus pies sobre ella. Cuánto más no iba a descansar de uno que le hincaba su pata de palo.

No era la primera vez que Hermes echaba mano de una nube para engañar a alguien. El poeta lírico Tisias de Himera (630-555 a. C.), más conocido por su alias de *Estesícoro*, “maestro del coro”, juraba que Helena de Esparta no estuvo en Troya. Cuando los aqueos levaron anclas para saquear el reino aduanero de Príamo, Hermes hizo honor a su fama de tramposo y se llevó a Egipto a la rubia “cuya figura causa erección en los hombres”, en palabras de Homero. Allí pasó la reina más deseable los diez años de la guerra y, entre hechiceras, magos y embalsamadores, aprendió saberes inefables. El aedo ciego, que lo omite en la *Iliada*, lo sugiere, en cambio, en la *Odisea*: al regresar a Esparta, Menelao recaló en Egipto, seguramente para recoger a su esposa. Y, entonces, ¿a quién raptó Paris? Dice Tisias que el troyano se llevó un espejismo con las formas de Helena, quizá una néfele, una voluble ninfa de las nubes.

Cuando Telémaco, hijo de Odiseo, arribó a Esparta en busca de noticias sobre su extraviado padre, la rescatada reina Helena, ruina de Troya, le ofreció *nepentés*, un genérico que significa “en ausencia de dolor”. Es lo que Homero describe como “gran remedio de hiel y dolores y alivio de males” (Homero, 1995, 62). Thomas de Quincey entendió que el príncipe de Ítaca bebió una destilación de la planta de Morfeo, la clemente adormidera. Algo sabría de eso el ilustre opiófago inglés. Sin embargo, el cronista de otra selva, la de Esmelle, olió café en los versos homéricos. El autor de *Las mocedades de Ulises*, reconocido sibarita, escribió lo que sigue en *La cocina cristiana de Occidente*: “Quizás Helena servía café a Telémaco, pues la Odisea nos enseña que la hermosísima recibía de la egipcia Plydama una planta maravillosa que alejaba del corazón la tristeza, la ira y hacía olvidar” (Cunqueiro, 2011, 133). ¿Tendría más razón Álvaro Cunqueiro que Thomas de Quincey?

5. Las ninfas del bosque animado

Hablando de bellas, ¿no os parece Hermelinda una ninfa de la selva *cámbrica*? Al amparo de la noche y de la maleza compinchadas jugaba la rapaza con faunos de verbena: “sátiro al que los poetas han hecho funerales desde que nadie volvió a verle en las montañas polvorientas de Grecia, ni en las florestas de Italia”, se lamenta don Wenceslao (Fernández Flórez, 2010, 117).

Cuenta Plutarco que, mientras imperaba Tiberio, un capitán de oneraria oyó gritar su nombre en el golfo de Patrás, donde siglos más tarde el soldado Cervantes quedó lisiado en “la más alta ocasión que vieron los siglos”:

–¡Thamus, Thamus!

–¿Qué quieres de mí! –se atrevió a preguntar el marino.

–¡Anuncia que el Gran Pan ha muerto!

Y muerto debe seguir, pues la cursilería dominante ha censurado *ninfomanía* y *satiriasis* en favor de la hiperactividad sexual, que es como cambiar la poesía por un bote de gel hidroalcohólico. En tiempos de don Wenceslao, Cecebre todavía era un santuario para los olvidados hijos de Pan obligados a oír sus propias elegías: “Vive misteriosamente refugiado –con el extraño nombre de *Rabeno*– en las umbrías de Galicia sin más cronista que las viejas y las mozas que hablan de él entre risas y miedos”, es decir, con pánica delectación (Fernández Flórez, 2010, 40).

Hermelinda ninfa, “que no faltaba a una fiesta y a la que no cohibían nunca los hombres” y que, cuando llovía, “marchaba descalza sobre el lodo” (Fernández Flórez, 2010, 59-61). Hermelinda que reía y gozaba con los sátiros al volver de las romerías. Como genio silvestre, habría sido en otro tiempo compañera de Ártemis, gemela de Apolo.

Con apenas tres años, la diosa de las fragas, “la que ama lanzar saetas”, cazadora incansable, le pidió a su padre, el todopoderoso Zeus, dos regalos: uno, la virginidad eterna, y dos, la misma fama que su hermano Apolo y, en consecuencia, tantos epítetos como él. Para ello necesitaba, al menos, una ciudad de la que ser su *políades*, su diosa residente, y la futura Diana eligió Éfeso. Y es que, por muy montaraz que fuera, Ártemis también necesitaba un santuario urbano, le gustasen o no las urbes y los urbanitas. Pero, como era la niña de los ojos del *Amontonador de nubes*, papaíto no le regaló una, sino treinta y, de propina, la nombró protectora de los puertos y los caminos. ¡Diosa de Urbanismo y de Caminos, Canales y Puertos con apenas tres años! La Isla de los Bienaventurados de un concejal ambicioso...

Esa treintena de polis significaba disfrutar de múltiples patronazgos y gozar de un respetable número de adoradores y, por tanto, de altares, sacrificios, fiestas, ofrendas y alimento. Porque no solo

de néctar y ambrosía vivían los dioses, sino también de los vahos de las víctimas propiciatorias asadas o cocidas que los ciudadanos comían alrededor de sus altares.

Con una intención parecida se marcharía Hermelinda de la aldea: ser adorada en la ciudad y recibir ofrendas de sus fieles; sin ir más lejos, del señorito Luis: “Me dijo que debía dejar el trabajo, que él amueblaría un piso para mí y se encargaría de todo”. Un sacrificio más consonante con su tía abuela Afrodita. Pero Hermelinda le contó al devoto Geraldo que ella se mantuvo como Ártemis, quien tampoco cedió a los avances de los gigantes Orión y Oto y del rijoso Brontes, compañero de Hefesto: “si yo quisiera [que ella no quería, oiga]... Aquí, en la ciudad, hay muchas que valen menos que yo y que viven ricamente. Claro que una...” (Fernández Flórez, 2010, 63).

Pero más ninfa –y más temible– que Hermelinda se nos aparece Gudelia, amante de don Pedro, un Hércules que, con su clava, “llenaba de cardenales el cuerpo de los mozos y de hijos el vientre de las rapazas”. Ella vino de la montaña “y desde entonces no hubo paz”. Siendo bella como una diosa, “la irresistible seducción de Gudelia residía en el olor de su piel [...] suave, y caliente” (Fernández Flórez, 2010, 158-162). Y corría desnuda por la fraga, joven y hermosa por muchos años que pasaran. Doña Emilia D’Abondo la llama “súcubo” y nosotros entendemos “hechicera”, “forastera” –es decir, bárbara– y *andróctona* –“tuvo cinco novios y los cinco murieron extrañamente y sin confesión”–. ¡Eureka!, no es Gudelia, ¡es Medea!, sacerdotisa de Hécate y destructora de la estirpe de Jasón, el reverso femenino y oscuro del luminoso y civilizado Apolo.

Su nombre es el que Javierito, el adolescente enamorado de su prima Rosina, eterno lugar común de los veranos en familia, invoca tras haber quedado como un satirillo de pezuña tierna y cuernecillos romos. Pero Javier se arriesga a conocer la furia de Febo. Si Acteón fue testigo del baño de Ártemis con sus ninfas, el quinceañero ha osado espiar la siesta de Rosina: “el camisón de encaje –camisón de recién casada– descubría un hombro hasta allí donde el pecho comenzaba a iniciarse [...] impresionante como un pecado”. Suerte que, al contrario que el infeliz cazador, Javier escapara “con un miedo repentino a ser descubierto” (Fernández Flórez,

2010, 160). Le habría faltado fraga para correr como un cervato si su madre y su tía lo hubieran cazado en flagrante profanación.

Aun así, y quizá espoleado por el nada edificante ejemplo de tío abuelo Pedro, Javier invita a Rosina a conocer su “escondrijo” en la fraga. De casta le viene al galgo, pues, a sus diecinueve, ella está casada. La guarida silvestre del mozo es “un islote rodeado por la alta muralla de espinas” de un tojal. Como una ninfa y un sátiro, ambos se sienten cómplices en el corazón de la silva; para confirmarlo, Rosina se apoya en la cabeza de Javier con “una disfrazada caricia”. Y Apolo aprovecha para vengarse del mirón. Un ruido alarma a la muchacha: ¡lagartijas! Ellas rompen el hechizo y el sátiro, aún pardillo, no puede evitar que la ninfa huya. Y es que los reptiles están a lo que Apolo mande desde que el dios mató a Pitón y Praxíteles lo esculpió *sauróctono*.

6. Fendetestas desafía a Apolo

Si quisiéramos comprar la voluntad de otro que, como el infeliz Geraldo, se arrastraba como un lagarto por las *corredoiras* del bosque animado, solo tendríamos que atar al perro de Esmorís con longanizas. Así descubriríamos que las peripecias del pícaro Hermes en la fraga de Cecebre no terminaron en el pozo de Noguero. Aunque bien pensado, al hacerle la boca agua con el manjar charcutero, las palabras del can se ahogarían antes de salir y no nos enteraríamos de nada. Aparte, esa sería la tarifa de la raposa, quien sin duda se ofrecería a negociar por el huesudo chucho lo que en estos días de cuervos televisivos se pide por una buena exclusiva.

Pero no. Al pulgoso, aun “desmoralizado por una vida de ayunos”, le bastaría el precio de una caricia para soplarnos lo que vio una de esas noches de rebañar latas oxidadas con resobras de los cerdos. Y es que el hidalgo de cuatro patas, de vida perra, pero nada cínico, vio al mismísimo Hermes, olímpico mentor de cacos, espolear a Fendetestas para que cumpliera su terca amenaza:

–¡Cásate en Soria de una vez!

–*Xa casaré!*

–No, cástate ahora, ¡que viene mi hermano Apolo!

Como quien oye llover. El bandido escupió en el suelo, alzó los hombros de atlante y le contestó:

–*Como si ven o esprito de Fiz Cotovelo de xogar dominó en Cenfogos!*

– *Φαι ο κε κειρας!* – fue la respuesta desabrida de Hermes en un griego que Fendetestas entendió a la primera. Visto su enfado, Xan de Malvís no se atrevió a pedirle al Argifonte el casco de invisibilidad de Hades, que fue el mismo que usó Perseo. Le habría venido de perlas para experimentar “la dichosa sensación de ser invisible, que es la máxima apetencia de los enamorados y de los ladrones”.

Y es que el bandido tenía un plan que requería invisibilidad: “robar la casa de algún cura. No hubo ni hay en el campo gallego un solo ladrón que no haya robado a un cura o soñado en robarle”, asegura don Wenceslao (Fernández Flórez, 2010, 67). Mal negocio con Apolo de por medio. Seguramente, Fendetestas ignoraba que Febo se la juró a quienes planeasen robar los tesoros de los dioses o de sus vicarios; y también a los impíos que no tuvieran escrúpulos en profanar tierra sagrada. ¿O no tuvieron los aqueos que demorarse un año más en las playas de Ilión porque Agamenón ultrajó a Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo, el dios que construyó las murallas de Troya y que protegía a la casa de Príamo? *El que hiere de lejos* cubrió con sus flechas más ponzoñosas el campamento argivo y “suscitó una peste maligna [...] y las piras de cadáveres ardieron frecuentes” (Homero, 2004, 39). Agamenón consintió en devolver a Criseida al hogar paterno, pero, a cambio, le quitó al invulnerable Aquiles a su esclava favorita, Briseida. Y así remitió la epidemia, pero no las desgracias: arrebatado de hibris, el Pelida se confinó y los griegos entraron en estado de alarma hasta que Héctor, con la complicidad de Apolo, mató a Patroclo.

Con Aquiles como el perejil de todas las salsas, Febo tuvo ocasión de perpetrar otra venganza en la cabeza de un impío. *El de los pies ligeros* se prendó de Troilo, un príncipe de Troya que, imprudente, abandonaba a diario la protección de las murallas para que sus caballos abrevasen en una fuente cristalina cabe el templo de Apolo Timbreo. Cuando el caprichoso caudillo de los mirmidones quiso atraparlo, el hijo que Febo engendró en Hécuba, esposa del rey Príamo, saltó a la grupa de su corcel más veloz y huyó. Aquiles lo persiguió a pie; no olvidemos que el centauro Quirón, su mentor, lo alimentó con médula de ciervo. Así que el griego alcanzó al troyano, lo agarró por los tirabuzones y lo desmontó. Pero el príncipe se soltó y pudo refugiarse en el templo de su padre. No le sirvió de

nada: Aquiles lo violó y, no contento, lo decapitó. Después, para evitar que el espectro del efebo lo persiguiera por las noches, lo destazó y le ató las piernas amputadas debajo de las axilas. El Pelida acababa de profanar, asesinar y descuartizar a un efebo acogido a sagrado en el templo de su propio padre. Y, con ello, sentenció a Troya. En el nombre del príncipe se reunían los de Tros e Ilo, fundadores de la ciudad. Troilo murió con diecinueve años: si hubiese cumplido los veinte, las murallas de Ilión seguirían en pie. Desahuciada la imponente urbe, Apolo guio una flecha del arco de Paris hasta el talón de Aquiles, el único punto vulnerable de su cuerpo. Así vengó a Troilo.

¿Pensaba Xan de Malvís que su epíteto de *Fendetestas* lo guardaría de la furia apolínea cuando a Aquiles no lo salvó el de *Semejante a los dioses*? Menos mal que vino Dios a verlo. Porque Zeus amenazó con descargar rayos, truenos y centellas sobre la fraga como toque de atención a su hijo: a Xan, ¡ni tocarlo! ¿Y qué motivos tuvo el Tonante para garantizar la seguridad del profanador? ¿Qué había hecho el muy bandido para merecer el favor divino? Pues ayudar a parir a la vaca del cura ante la inutilidad del ama y del hermano del párroco: “Fendetestas comenzó a halagar los oídos de la parturienta con ese mimoso vocabulario con el que el aldeano anima a sus bestias. Y asió con sus rudas manos [...], que hizo suavemente cuidadosas”, al ternerillo que asomaba (Fernández Flórez, 2010, 196). El ladrón remató la faena con un puñado de atinados consejos y se largó fumando el cigarrillo que le dieron como pago y sin robar al sacerdote. Al ser testigo de tan bucólica escena, al Padre de los dioses se le escapó una lagrimita de dorado icor recordando a su amada Io.

Bella y doncella, es decir, un par de buenos gritos para llamar a Zeus, Io se consagró al sacerdocio de la última y definitiva esposa del rey olímpico, Hera. Según Hesíodo, Juno hacía la número siete después de Metis, madre de Atenea; de Temis, que parió a las Moiras; de Eurínome, que dio a luz a las Gracias; de Deméter, futura suegra de Hades por medio de Perséfone; de Mnemósine, madre de la Musas, y de Leto, que echó al mundo a Febo y Ártemis. Zeus se prendó de Io, la desfloró y provocó la suspicacia de la consorte olímpica... ¡Alto ahí! Si Leto fue la sexta y Hera la séptima, ¿cómo es que la fábula hace de Hera la esposa de costumbre y de Leto la amante

novedosa? Esa pregunta y su respuesta entran en el mismo catálogo que aquella otra que le hizo san Agustín al niño:

–¿Cómo vas a meter el mar en un hoyo?

–Igual que entenderás tú el misterio de la Santísima Trinidad.

El caso es que, para escamotearla, el Crónida transformó a Io en una ternera de apetecibles formas y pestañas como toldos sevillanos. Pero su mujer, que andaba con la mosca detrás de la oreja, se la pidió como prenda de amor conyugal y Zeus no tuvo los arrestos de negarse. Hera eligió de vaquero a un gigante, Argos Panoptes, todo ojos. Pero Hermes, hábil fabulador a las órdenes de Zeus, lo adormeció con sus cuentos y le cortó el cuello con una sica, la misma que empuñó Perseo para decapitar a Medusa. Literalmente, el dios y el héroe fueron sicarios. La ternera huyó aguijoneada por un tábano de la chasqueada Hera; así atravesó un mar que, en su honor, aún se llama Jónico; y cruzó un estrecho que todavía llamamos Bósforo, *el pasaje de la vaca*. La baqueteada ternera, que para entonces era puro magro, terminó en Egipto, donde Zeus le devolvió su humanidad y la convirtió en madre de faraones y héroes epónimos.

Así que a Febo no le quedó otra que aceptar la protección de su padre sobre el bueno de Xan, partero a la fuerza y salvador de vacas. Al fin y al cabo, como dios boyero –Apolo Licio, también Nomios–, propiciaba la fecundidad de los ganados y la salud de sus crías.

7. Cecebre Déléfico: el bosque oracular

Fecundidad y salud, las tribulaciones que le robaban el sueño a la aldeana de San Tirso de Mabe-gondo: “Teníamos dos cerdos y el más gordo se nos murió, y el otro va por el mismo camino”. También un hijo se le apagaba “como una luz sin aceite” (Fernández Flórez, 2010, 124-125). De ahí que la afligida paisana fuese a consultar a la Moucha, la Pitia de Cecebre. Los que sostienen que Febo venía a la fraga todos los inviernos toman su munición de aquí, pues el consultorio de Delfos se cerraba con los primeros fríos.

Como dios oracular y sobrado de energías, Febo también les tiró los tejos a sus pitonisas. A cambio de entregarse a él, la Sibila de Cumas le pidió la inmortalidad. Y aquí la bruja nos recuerda el chiste

de la echadora de cartas que, cuando llaman al timbre, pregunta quién es. Porque no previó que, junto con la eternidad, había que pedir perenne juventud. ¿Es que ella, precisamente ella, no lo vio venir? Convertida en chicharra, acabó en una jaulita de madera. Y los niños le preguntaban: “¡Sibila, Sibila, ¿qué quieres?”. Y ella, eterna e insoportablemente vieja, les respondía una y otra vez: “¡Morir por fin!” (Picos, 2019, 35).

Entre los despechos del dios rubio también se cuenta el de Casandra, la sacerdotisa troyana que lo engañó. El dios le prometió el don de la adivinación a cambio de hacerle tocar el Olimpo con la punta de los dedos. Pero la princesa, que ya veía el futuro sin que Apolo se lo soplara, le dijo que el regalo por delante, no fuera a ser... Y cuando la convirtió en Pitia, ella se negó a entregarle su himen por muy divino que fuera su *ónfalos*. Entonces, Febo le escupió en la boca y la maldijo: “Como a los hombres y mujeres del tiempo, nadie te creará”. A ella no le dio ni frío ni calor porque lo más cercano a un meteorólogo que tenían era Homero: “Como cuando se lanzan las tormentas a impulsos de los sonoros vientos...” (Homero, 2004, 535).

Pudo ser por este desengaño. Otros dicen que la culpa la tuvo un tal Equécrates de Tesalia, que raptó a una profetisa délfica cuando aún se elegían lozanas y enteras. Así que Apolo mandó vetar la juventud de sus pitias y eliminó la tentación. La Moucha, arrugada, canosa y reumática, encajaba en el perfil de las sacerdotisas apolíneas: “Era una mujer vieja, de ojos redondos y claros, rodeados de arrugas divergentes [...] Su boca, larga y fina [...] mostraba una expresión sagaz” (Fernández Flórez, 2010, 126-127).

Igual que la sibila griega se sentaba en un trípode sobre la boca de la sima inspiradora, la gallega abría un portillo al mundo de ultratumba, cuando no a los mismísimos infiernos. Un riesgo que bien merecía los duros con los que compraba sus buenos ferrados: “Todo lo que los espíritus malos inventan contra la Ley de Dios, las tentaciones obedecidas y las monstruosidades de la carne y del alma desfilan por allí” (Fernández Flórez, 2010, 125). Y es aquí donde don Wenceslao se expone, como en su día el desdichado Marsias y también Javier D’Abondo, a que Apolo lo despelleje: ¿a quién se le ocurre desvelar los secretos de la Pitia? Ni el mismísimo Plutarco, sacerdote en Delfos, se atrevió. Y, sin

embargo, el cronista de Cecebre desvela que el dedo sarmentoso de la Moucha recorría líneas que no eran del *Libro de San Ciprián*, sino de una edición en latín de los *Comentarios a las guerras de las Galias*. Bien mirado, las profecías de Delfos eran tan arcanas como sacar un remedio para el escarabajo patatero de *His rebus gestis, omni Gallia pacata...*

A la pobre Marica da Fame, como a Geraldo o al can de Esmorís, no la alcanzaban los rayos benéficos de Apolo-Helio. Tanto que le rogó a la Pitia de Cecebre que le cediera los trastos agoreros y Febo no se dignó escupirle en la boca como a Casandra. Y eso que no le faltaban dones; bien que adivinó Marica su porvenir cuando salió de casa de la bruja con un mendrugo: “¡Ya soy como una *pobriña*, Dios mío; como una *pobriña*! ¡Ya voy pidiendo pan por las casas!” (Fernández Flórez, 2010, 131).

8. Esto también es un *ultílogo*

“Y transcurrieron los días. Y los años. Y vino la Muerte y pasó su esponja por toda la extensión de la fraga y desaparecieron estos seres y las historias de estos seres”, remata don Wenceslao en el *ultílogo*

original (Fernández Flórez, 2010, 249). Y apareció Neil Gaiman y nos vendió su *American Gods* para que llorásemos no solo la muerte de Pan, sino la destrucción de los Olímpicos y los Primordiales. Y se fueron arrancando de los planes de estudio, como si fueran cizaña y juncia, los cordones umbilicales por los que Homero y Hesíodo, Esquilo y Eurípides, aún nos alimentan e inspiran.

Ya no nos queda sino consolarnos en la creencia de que será inútil el esfuerzo de los modernos iconoclastas que, como las hordas de Teodosio, quieren destruir de nuevo los templos y bosques de Apolo. Porque don Wenceslao dejó dicho que las luchas, los amores, las tristezas y las alegrías “son siempre las mismas”. Y que en muchas almas convertidas en cuevas hospitalarias, como aquella donde Zeus mamó de Amaltea y los Curetes, hijos de Apolo, le cantaron nanas de bronce, bullen “camadas recientes”. Y que, mal que les pese, “la trama del tapiz” no se aflojará nunca, salvo que la paciente Penélope, que le enseñaba a Telémaco historias más viejas que las de Homero, así lo quiera. Y es que todo está en los mitos, “el eco que va y vuelve desde el infinito al infinito”.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (2000). *Himnos homéricos*. Madrid: Akal.
- CUNQUEIRO, Álvaro (2011). *La cocina cristiana de Occidente*. Barcelona: Tusquets.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W. (2010). *El bosque animado*. Barcelona: Austral.
- HESÍODO (2015). *Teogonía y Trabajos y días*. Madrid: Gredos.
- HOMERO (1995). *Odisea*. Barcelona: Planeta-DeAgostini.
- HOMERO (2004). *Ilíada*. Madrid: Cátedra.
- MARCIAL, V. M. (2003). *Epigramas*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- OVIDIO (2011). *Metamorfosis*. Barcelona: Austral.
- PICOS FREIRE, J. J. (2019). *¿Nos hacemos unos griegos? (LGTBI en el Olimpo y su vecindario)*. Cádiz: Cazador de Ratas.
- RUIZ DE ELVIRA, A. (2015). *Mitología clásica*. Madrid: Gredos.
- VV. AA. (Grupo Tempe) (2016). *Olimpo*. Madrid: Alianza Editorial.
- VV. AA. (1996). *Diccionario de la mitología clásica* (2 vol.). Madrid: Alianza Editorial.